

## La gran cualidad del ser humano

A lo largo de la corta travesía del ser humano por la Tierra, incontables antecesores nuestros fueron testigos de avances tecnológicos. Fueron testigos del fuego, fueron testigos de la rueda, fueron testigos del papiro, fueron testigos de la máquina de vapor, fueron testigos del automóvil. Fueron testigos de mil y un inventos, de los momentos más apoteósicos del ser humano y de los mayores fracasos.

Como no podía ser de otra manera, también nosotros somos testigos hoy día. Somos testigos de un avance tecnológico frenético que se viene dando desde hace varias décadas. Por poner un ejemplo, estamos actualmente ante un crecimiento exponencial de la inteligencia artificial. Véase Cortana, véase Cleverbot, véase Siri: ejemplos hay muchos. Estos programas (no dejan de ser eso) están pensados para aprender de lo que el usuario les escribe, y, en consecuencia, ser capaces de generar respuestas cada vez más complejas. Hoy incluso podríamos mantener una conversación sencilla con ellos.

Estos tres inventos -Cortana, Cleverbot y Siri- han sido desarrollados muy recientemente. Si en tan poco tiempo estos programas han sido capaces de aprender tanto del ser humano, ¿podría el frenético crecimiento de la tecnología llegar eventualmente a "eclipsarnos", a estar por encima de nosotros? ¿Podríamos, incluso, dudar de nuestra identidad como seres humanos al constatar la existencia de máquinas, en principio, superiores a nosotros? Analicemos estas dudas, veamos si son razonables o no.

En primer lugar, suponer que el ser humano en los últimos años ha empezado a crear máquinas intelectual y físicamente mejores que él mismo es un error de base. Absolutamente todo lo que ha sido creado por el ser humano está inspirado en alguna de sus carencias o necesidades: el automóvil está pensado para que el usuario se siente y se pueda desplazar cómodamente más rápido que antes, son las piernas que nunca tuvimos; la caña de pescar está pensada para que el usuario pueda conseguir peces con más facilidad, funciona como el brazo que nunca tuvimos: el teléfono móvil está pensado para que el usuario pueda comunicarse a distancia con otros usuarios, es la boca que nunca tuvimos. Percatémonos del hecho de que todos los inventos han estado siempre intrínsecamente relacionado con nuestras necesidades como individuos y nunca han puesto en duda nuestra identidad. Es más, negar el avance tecnológico implica necesariamente el rechazo a todo lo que nos ayuda a desenvolvernos con mayor facilidad en nuestro entorno.

En segundo lugar, démonos cuenta de que nunca seremos capaces de plasmar todas las características que nos definen como seres humanos en algo artificial por muy preciso que sea el proceso: sea lo que sea que cree un ser humano, ese supuesto invento no dejará nunca de ser una "foto" de un estado concreto que estemos atravesando en el momento de la creación, sin capacidad de evolucionar ni de crecer de la misma manera que nosotros. Será nuestro invento una idea que, en definitiva, miraremos unos años después y objetaremos mil y un errores porque no ha podido avanzar de la misma manera que nosotros lo hacemos. Un ejemplo muy sencillo, entre los miles de casos similares que podríamos poner, es la enorme diferencia entre el primer ordenador de la historia, y uno cualquiera que tengamos en casa: ese primer ordenador sigue existiendo y consideramos que ha evolucionado al ir siendo sustituido, él mismo, no lo ha hecho. Un invento, en definitiva, jamás logrará plasmar en su totalidad la identidad humana, no importa cuán elaborada sea la creación, pues estamos definidos por la evolución de pensamiento y técnica.

Descartemos, en tercer lugar, todo argumento contra el progreso que suponga escenarios caóticos: lo que ha sido creado por el hombre puede ser subvertido por el hombre. Alejemos de nuestro pensamiento una supuesta rebelión de nuestras propias máquinas (argumento contra el avance tecnológico, por otra parte, muy utilizado), pues todo lo que hemos creado obedece a nuestras normas. Es por ello que es imposible que nuestras propias creaciones se subleven: tenemos el control supremo sobre ellas. Incluso poniéndonos en el peor de los escenarios, podría pasar lo que ya sucedió en los numerosos pactos que se celebraron entre las dos grandes potencias en la Guerra Fría (Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) para eliminar progresivamente las armas atómicas de sus arsenales: incluso aquel arma que podría haber dado una ventaja definitiva a uno de los dos bandos llegó a ser enfundada por un bien mayor. Esto va mucho más allá de si unos simples robots se rebelan o no, esto es una prueba de que hasta lo potencialmente más destructivo que se conocía en aquel tiempo podía ser controlado por el hombre. El ser humano, conocedor de sus limitaciones, plasma lo poco que conoce sobre sus invenciones. Siendo el hombre el creador, conoce plenamente los defectos de todo lo que él idea. Es por eso que parece hasta absurdo llegar a suponer que de repente la tecnología se fuese a levantar contra nosotros por sí misma. ¿Cómo nos iría a sobrepasar en cualquier forma algo que estaría siempre destinado a ser peor que nosotros en todas sus formas?

Visto que hasta el ser humano supo lidiar con un problema tan grande como la bomba atómica (que fácilmente nos podría haber borrado a todos), ¿qué más queda por hacer para demostrar que podemos controlar todo lo que es fruto de nuestra identidad humana? Lo único que me queda a mí por mi parte es apuntar cuál es esa identidad.

Démonos cuenta de que todas las invenciones y situaciones que he citado tienen un factor común, y no es otro que es que son fruto de nuestra capacidad de pensar: de superar adversidades por medio del ingenio y buscar facilitar nuestras vidas. Ante ustedes, nuestra verdadera identidad humana: el pensamiento. Partiendo de este punto, aquellos en favor del progreso tecnológico nos negamos a resignarnos ante la idea de la necesidad de limitar el progreso por el bien de la humanidad. No solo es una postura paternalista, sino que además, como he demostrado antes, errónea. El lector atento se habrá dado cuenta de que, de ser necesario limitar el progreso tecnológico "por nuestro bien", ese supuesto límite en el intento de preservar la identidad humana sería puesto, curiosamente, por otro ser humano. La paradoja es obvia: se produciría una deshumanización que vendría del propio ser humano.

En conclusión, nuestra identidad como seres humanos, el pensamiento, no solo permanece intacta al inventar, sino que incluso se eleva por el hecho de reflexionar sobre, por ejemplo, cómo superar una adversidad. Las máquinas podrán ser excelentes herramientas de ayuda, pero, aún así, no podrían llegar a ser lo que hoy son de no ser por nuestro ingenio. ¿Quiere dejar de ser usted mismo, de perder su identidad como ser humano de la única manera posible? Deje de pensar. No le culpe a las máquinas de lo que se puede alcanzar con la ignorancia.

**Nightrider**